

sion, ménos Catanla, que dijo estaba cansada, y se quedó á darle conversacion. Lo que pasó entre los dos no se sabe: solo consta de los anales de aquel tiempo, que vuelto Anton á Villagarcía, comenzó á correr un run run malicioso por el lugar; que sus padres quisieron se ordenase á título de la capellanía; que él, por debajo de cuerda, hizo que la moza le pusiese impedimento; que al fin y postre se casaron; y que para que se vea el poco temor de Dios y la mucha malicia con que habían corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catanla no parió hasta el tiempo legal y competente.

## CAPÍTULO IV.

ACÁBASE LO PROMETIDO.

PARIÓ, pues, la tia Catuja un niño como unas flores, y fué su padrino el licenciado Quijano de Perote, un capellan del mismo Campazas, que en otro tiempo habia querido casarse con su madre, y se dejó, por haberse hallado que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se habia de llamar Perote, en memoria ó en alusion á su apellido; porque aunque no habia este nombre en el calendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello ni Peranzules, y constaba que los habian tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta. Esto decia el licenciado Quijano, alegando las historias de Castilla; pero como Anton Zotes no las habia leído, no le hacian mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle, que tampoco estaban en el calendario los nombres de Oliveros, Roldan, Florismarte ni el de Turpin, y que esto no embargante no le habia estorbado eso para ser arzobispo. Vaya que soy un asno, dijo entónces el tio Anton, pues no tengo leído otra cosa; y es, que era muy versado en la historia de los Doce Pares, la que sabia tan de memoria como

la dedicatoria del gimnasiarca. Llámese Perote, y no se hable más en la materia. Pero el cura del lugar que se hallaba presente, reparó en que *Perote Zotes* no sonaba bien, añadiendo, no sin alguna socarronería, que *Zote* era consonante de *Perote*, y que él había leído, no se acordaba dónde, que esto se debía evitar mucho cuando se hablaba en prosa. No gaste usted tanta, señor cura, replicó el padre del niño, que tampoco suena bien Sancho Ravancho, Alberto Retuerto, Geromo Palomo, Antonio Bolonio, y no vemos ni oímos otra cosa en nuestra tierra. Fuera de que eso se remedia fácilmente con llamar al niño Perote de Campazas, dándole por apellido el nombre de nuestro pueblo, como se usaba en lo antiguo con los hombres grandes, según nos informan las historias más verídicas; y así vemos hablar en ellas de Oliveros de Castilla, de Amadis de Gaula, de Artus de Algarve, y de Palmerin de Hircania, constándonos ciertamente, que estos no eran sus verdaderos apellidos, sino los nombres de las provincias ó reinos dónde nacieron aquellos grandes caballeros, que por haberlas honrado con sus hazañas, quisieron eternizar de esta manera la memoria de su patria en la posteridad. Y esto no solamente lo usaron los que fueron por las armas, sino también los que fueron por las letras, y dejaron escritos algunos libros famosos, como el Piscator de Sarrabal, el Dios Momo; la Carantamaula, el Lazarillo de Tormes, la Pícara Justina y otros muchos que tengo leídos, cuyos autores, dejando el propio apellido, tomaron el de los lugares dónde nacieron para ilustrarlos: y á mí me dá el corazón, que este niño ha de ser hombre de prove-

cho, y así llámese por ahora Perotico de Campazas, hasta que con la edad y con el tiempo le podamos llamar Perote á boca llena.

2. No en mis días, dijo la tía Catanla. *Perote* suena á cosa de perol, y no ha de andar por ahí el hijo de mis entrañas, como andan los peroles por la cocina. Punto en boca, señores, exclamó Anton Zotes de repente. Ahora me incurre un estupendísimo nombre, que jamás se impuso á ningún nacido, y se ha de imponer á mi chicote. *Gerundio* se ha de llamar, y no se ha de llamar de otra manera, aunque me lo pidiera de rodillas el Padre Santo de Roma. Lo primero y principal, porque *Gerundio* es nombre singular, y eso busco yo para mi hijo. Lo segundo, porque me acuerdo bien, que cuando estudiaba con los teatinos de Villagarcía, por un *Gerundio* gané seis puntos para la vanda, y es mi última y postrimera voluntad hacer inmortal en mi familia la memoria de esta hazaña.

3. Hizose así ni más ni ménos, y desde luego dió el niño grandes señales de lo que había de ser en adelante, porque ántes de dos años ya llamaba *pueca* á su madre con mucha gracia, y decía *no chero, cuerno* tan claramente como si fuera una persona; de manera, que era la diversion del lugar, y todos decían que había de ser la honra de Campazas. Pasando por allí un fraile lego, que estaba en opinión de Santo, porque á todos trataba de *tú*, llamaba *bichos* á las mujeres, y á la Virgen *la Borrega*, dijo que aquel niño había de ser fraile, gran letrado y estudiando predicador. El suceso acreditó la verdad de la profecía; porque en cuanto á fraile, lo fué tanto co-

mo el que más, lo de gran letrado, sino se verificó en esto de tener muchas letras, á lo ménos en cuanto á ser gordas y abultadas las que tenia, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo más que desear, porque este fué el talento más sobresaliente de nuestro Gerundico, como se verá en el discurso de la historia.

4. Aún no sabia leer ni escribir, y ya sabia predicar; porque como pasaban por la casa de sus padres tantos frailes, especialmente cüesteros, verederos, predicadores sabatinos, y aquellos que en tiempo de cuaresma y adviento iban á predicar á los mercados de los lugares circunvecinos, y estos unas veces rogados por el tio Anton Zotes, y por su buena mujer la tia Catanla; otras (y eran las más) sin esperar á que se lo rogasen, sobremesa sacaban sus papelonnes, y ni más ni ménos que si estuvieran en el púlpito, leian en tono alto, sonoro y concionatorio lo que llevaban prevenido; el niño Gerundio tenia gran gusto en oirlos, y después en remedarlos, tomando de memoria los mayores disparates que los oia, que no parece sino que estos se le quedaban mejor; y si por milagro los oia alguna cosa buena, no habia forma de aprenderla.

5. En cierta ocasion estuvo en su casa á la cuesta del mes de Agosto un padrecito de estos atusados, con su poco de copete en el frontispicio, cuelli-erguido, barbi-rabio, de hábito limpio y plegado, zapato chusco, calzon de ante, y gran cantador de jácaras á la guitarrilla, del cual no se apartaba un punto nuestro Gerundico, porque le daba confites. Tenia el buen padre mitad por mitad tanto de presumido, co-

mo de evaporado, y contaba, como estando él de colegial en uno de los conventos de Salamanca, le habia enviado su Prelado á predicar un sermon de ánimas á Cabrerizos, y que habian concurrido á oirle muchos colegiales mayores, graduados y catedráticos de aquella universidad, por el crédito que habia cogido en ella con ocasion de graduarse cierto rector de un colegio menor, ya ordenado *in sacris*, de quién era pública voz y fama, que después de haber recibido el subdiaconato subrepticamente y á hurtadillas, habia estado un año en la cárcel eclesiástica de su tierra; por cuanto tres doncellas honradas habian presentado al señor provisor tres papeles con palabra de casamiento. Esto se compuso lo mejor que se pudo; volvió á proseguir sus estudios á Salamanca, porque era mozo de ingenio; quiso graduarse y encomendó una de las arengas al tal padrecito, que era paisano suyo, el cual comenzó por aquello de *aprehenderunt septem mulieres virum unum*; encajó después lo de *filius tui de longe venient, et filia tua de latere surgent*: y no se le quedó en el tintero el texto tan oportuno de *generatio rectorum benedicetur*. Y puesto que los textos y lugares de la Sagrada Escritura en semejantes composiciones puramente retóricas y profanas son tan impertinentes y tan importunos como las fábulas y los versos de los poetas antiguos, usados á pasto y con inmoderacion, lo son en los sermones: no embargante tampoco, que el tal fraile incurrió boníticamente en excomunion, que el Sagrado Concilio de Trento tiene fulminada contra los que abusan de la Sagrada Escritura para liviandades, sátiras, chanzonetas y chocarrerías, la tal arenga

tuvo su aplauso á título de truhanesca, y el susodicho padre quedó tildado por pieza.

6. Pues como supieron que predicaba en Cabrerizos el sermón de ánimas, concurren con efecto á oírle todos aquellos ociosos y desocupados de Salamanca (haylos de todas clases y especies), que se huelgan á todo lo que sale; y el buen religioso quedó tan pagado de su sermón, que repetía muchas cláusulas de él en todas las casas de los hermanos dónde se hospedaba. Oigan ustedes por vida suya como comenzaba, dijo la primera noche de sobremesa á Anton Zotes, á su mujer y al cura del lugar, que había concurrido al levantarse los manteles, para cortejar al fraile y brindar á la salud de su buena venida, como es uso en toda buena crianza.

7. Fuego, fuego, fuego, que se quema la casa: *Domus mea, domus orationis vocabitur.* (1) Ea, sacristan, toca esas retumbantes campanas: *In cymbalis benesonantibus.* (2) Así lo hace; porque tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa, como dijo el discreto Picinelo: *Lazarus amicus noster dormit.* (3) Agua, señores, agua, que se abrasa el mundo; *¿Quis dabit ca-*

(1) Como quiera que para comprender suficientemente la disparatada aplicación de textos de la Sagrada Escritura, es necesario tener conocimiento del idioma latino, iremos dando la traducción de muchos de los que se encontrarán en el curso de ésta obra para los que no saben latin: *Domus mea, domus orationis vocabitur*: quiere decir: *Mi casa, casa de oración será llamada*, (S. Mateo, cap. XVI, v. 13.)

(2) Con cimbales sonoros. (Salm. CL. v. 5.)

(3) Lázaro nuestro amigo, duerme. (S. Juan cap. XI, v. 11.)

*pili meo aquam?* (1) La interlineal: *Qui erant in hoc mundo* (2). Pagnino: *Et mundus eum non cognovit*, (3) pero ¡qué veo; ay, cristianos, que se abrasan las ánimas de los fieles! *Fidelium animæ*, y sirve de yesca á las voraces llamas derretida pez: *Requiescant in pace, id est, in pice*, como expone Vatablo; fuego de Dios; ¡cómo quema! *Ignis á Deo illatus*. Pero, albricias, que ya baja la Virgen del Cármen á librar á las que trajeron su devoto escapulario: *Scapulis suis*. Dice Cristo, favor á la justicia: dice la Virgen, válgame la gracia. *Ave Maria*.

8. Anton Zotes estaba pasmado; á la tía Catanla se la caía la baba; el cura del lugar, que se había ordenado con reverendas de Sede-vacante, y entendía lo que rezaba como cualquiera monja, le miraba como atónito; y juró por los santos cuatro Evangelios, que aunque había oído predicar la Semana Santa de Campazas á los predicadores sabatinos más famosos de toda la redonda, ninguno le llegaba á la suela del zapato. No acababa de ponderar aquel chiste de comenzar un sermón de ánimas con *fuego, fuego, que se quema la casa*; ¿pues qué el ingenioso pensamiento de que lo mismo es tocar á muerto, que tocar á fuego? Tenga usted, señor cura, le interrumpió el padre, alargándole la caja para que tomase un polvo, que eso tiene más alma de la que parece. Las almas de los difuntos ó están en la gloria, ó están en

(1) ¿Quién dará agua á mi cabeza? (Jerem. cap. IX, v. 1.)

(2) Los que estaban en el mundo.

(3) Y el mundo no le conoció. (S. Juan 1.)

el infierno, ó están en el purgatorio: por las primeras no se toca, porque no han de menester sufragios; por las segundas tampoco, porque no las aprovechan; con que solo se toca por las terceras, para que Dios las saque de aquellas llamas: pues eso y tocar á fuego, allá se va todo. Ahora prosiga usted con su glosa, que me dá mucho gusto, y se conoce que es hombre que lo entiende; y no como cierto padre maestro de mi religion, que aunque es hombre grave en la órden y le tienen por docto y de entendimiento, me tiene ojeriza desde que le negué el voto en un capítulo del convento para que fuese Prelado, y me dijo, que el sermón era un hato de disparates, añadiendo, que eran delatables á la inquisicion.

9. Todos somos hombres, replicó el cura, y como de esas envidias se ven en las religiones. A fé, que acaso su reverendísima el tal Padre Maestro en todos los dias de su vida daría con una cosa tan oportuna como aquella de *agua, agua, que se quema la casa*, con ser así, que después de haber tocado las campanas á fuego, se estaba cayendo de su peso el pedir agua. Añada usted, le dijo el Padre Colegial, que ahí se hace alusion al agua bendita, la cual, como usted sabe, es uno de los sufragios más provechosos para las benditas ánimas del purgatorio. Eso es claro, respondió el cura, porque el fuego se apaga con el agua, y así se lo explico yo en la misa á mis feligreses. Desde que se lo oí predicar á su mercé (saltó la tía Catanla) tengo yo mucho cuidado de regar bien la sepultura de mi madre, porque diz que cada gota de agua bendita, que cae sobre ella, apaga una gota del fuego del purgatorio. Lo

que más me admira, continuó el cura, es la propiedad de los textos, que no parece sino que V. Paternidad los trae en la manga; y cuando habla de agua, luego saca un texto, que habla de agua; cuando de casa, de casa; y cuando de mundo, de mundo; todos tan claros, que los entenderá cualquiera, aunque no haya estudiado latin. Ese es el chiste, respondió el Padre; ¿pero va que no sabe usted por qué traje el texto de *Lazarus amicus noster dormit*, cuando dije, que tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa? Confieso que no lo entendí, dijo el buen cura; y que aunque me sonó á despropósito, pero como veo el grande ingenio de V. Paternidad, lo atribuí á mi rudeza, y desde luego creí, que sin duda se ocultaba algun misterio; ¿Y cómo que le hay? prosiguió el fraile: y sino dígame usted, ¿cuándo Cristo resucitó á Lázaro, no estaba este muerto? Así lo dice San Agustin, Lira, Cartagena y otros muchos, y no hay duda que esta es la sentencia más probable; porque aunque el texto dice que dormía, *dormit*, es porque la muerte se llama sueño, como lo notó doctamente el sapientísimo idiota. Pues ahora, habiendo yo dicho *tocar á muerto*, venía de perlas poner delante un difunto. ¿Y por qué escogería yo á Lázaro más que á otro? Aquí está el chiste; porque el mayordomo de la Cofradía de las Animas de Cabrerizos se llamaba Lázaro, y era grande amigo de nuestro convento, al cual enviaba de limosna todos los años un cordero, y media cántara de vino. Por eso dije, *Lazarus amicus noster*; que al oirlo el alcalde, el regidor y el fiel de fechos, que estaban delante del púlpito, sentados en

el banco de la señora Justicia, dieron muchas cabezadas, mirándose unos á otros. No pudo contenerse el cura: levantóse del asiento, y echando al Padre los brazos al cuello, le dijo casi llorando de gozo: padre, vuesa Paternidad es un demonio; y añadió Catanla: ¡benditas las madres, que tales hijos paren!

10. A todo esto estaba muy atento el niño Gerundio, y no le quitaba ojo al religioso. Pero como la conversacion se iba alargando y era algo tarde, vínole el sueño, y comenzó á llorar. Acostóse su madre, y á la mañana, como se habia quedado dormido con las especies que habia oido al Padre, luego que despertó se puso de piés y en camisa sobre la cama, y comenzó á predicar con mucha gracia el sermón, que habia oido por la noche, pero sin atar ni desatar, y repitiendo no más que aquellas palabras más fáciles, que podia pronunciar su tiernecita lengua, como *fuego, agua, campanas, sacristan, tío Lázaro*, y en lugar de Picinelo, Pagnino y Vatable, decia *pañuelo, pollino, y buen nabo*, porque aún no tenia fuerza para pronunciar la *l*. Anton Zotes y su mujer quedaron aturdidos: diéronle mil besos, despertaron al padre colegial, llamaron al cura, dijeron al niño que repitiese el sermón delante de ellos; y él lo hizo con tanto donaire y donosura, que el cura le dió un ochavo para avellanas, el fraile seis *chochos*, su madre un poco de turrón de Villada, que habia traído de una romería; y contando la buena de la Catanla la profecía del bendito lego (así le llamaba ella), todos convinieron en que aquel niño habia de ser gran predicador, y que sin perder tiempo era menester ponerle á la escuela de Villaornate, dónde habia un maestro muy famoso.

## CAPITULO V.

DE LOS DISPARATES QUE APRENDIÓ EN LA ESCUELA DE VILLAORNATE.

ÉRALO un cojo, el cual siendo de diez años se habia quebrado una pierna por ir á coger un nido. Habia sido discípulo en Leon de un maestro famoso, que de un rasgo hacia una pájara, de otro un pavillon, y con una A ó con una M al principio de una carta, cubria toda aquella primera llana de garmainas. Hacia carteles, que dedicaba á grandes personajes, los cuáles por lo comun se los pagaban bien; y aunque le llamaban por esto el maestro *socaliñas*, á él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dejaba de hacer sus ridículos cortejos. Sobre todo era eminente en dibujar aquellos carteles, que llaman de letras de humo, y con efecto pintaba un *Alabado* que podia arder en un candil. De este insigne maestro fué discípulo el cojo de Villaornate; y era fama, que por lo ménos habia salido tan primoroso garmainista, como su mismo maestro.

2. Siendo cosa averiguada que los cojos por lo comun son ladinos y avisados, este tal cojo de quién vamos hablando, no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido y en extravagante. Como salió

tan buen pendolista, desde luego hizo ánimo á seguir la carrera de las escuelas; esto es, á ser maestro de niños: y para soltarse en la letra, se acomodó por dos ó tres años de escribiente con el notario de la vicaría de San Millan, el cual era hombre curioso, y tenia algunos libros romancistas, unos buenos y otros malos. Entre estos habia tres libritos de ortografía, cuyos autores seguian rumbos diferentes y aún opuestos, queriendo uno que se escribiese segun la etimología ó derivacion de las voces; otro defendiendo, que se habia de escribir como se pronunciaba; y otro, que se debia seguir en eso la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, ejemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lecciones, *ex omni lingua, tribu, populo et natione*; y cada cual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservacion, ó el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos tres en que la ortografía era la verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el buen saber, la puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa; no habiendo en el mundo cosa más lastimosa, que el que se llamasen escritores los que no sabian escribir. Sobre este pié metia cada autor una zambra de todos los diantres en defensa de su particular opinion. Al etimologista y derivativo, se le partia el corazon de dolor, viendo á innumerables españoles indignos, que escribian *España* sin *H*, en gravísimo deshonor de la gloria de su misma patria, siendo así que se deriva de *Hispania*, y esta de *Hispaan*, aquel héroe,

que hizo tantas proezas en la caza de conejos, de dónde en lengua *Punica* se vino á llamar *Hispania*, toda tierra dónde habia mucha gazapina. Y si se quiere que se derive de *Hespero*, aún tiene origen y cuna más brillante, pues no viene ménos que del lucero vespertino, que es ayuda de cámara del sol cuando se acuesta, y le sirve el gorro para dormir, el cual á ojos vistos se ve que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola á esta *H* con sacrilega impiedad, obscurecióse todo el esplendor de su clarísimo origen; y los que hacen esto se han de llamar españoles; ¡ó indignidad! ¡ó indecencia!

3. Pero dónde perdía todos los estribos de la paciencia y aún de la razon, era en la torpe, en la bárbara, en la escandalosa costumbre ó corruptela de haber introducido la *Y* griega, cuando servia de conjuncion, en lugar de la *I* latina, que sobre ser más pulida y más pelada, tenia más parentesco con el *et* de la misma lengua, de dónde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y* griega tiene una figura basta, rústica y grosera, pues se parece á la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; ó aunque no fuera más que por esta gravísima razon, debia desterrarse de toda escritura culta y aseada. Por esto, decia dicho etimologista: siempre que leo en algun autor *y Pedro, y Juan, y Diego*, en lugar de: *i Diego, i Pedro, i Juan* se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas, y no me puedo contener sin decir entre dientes: Hi-de-pu... Y al contrario, no me harto de echar mil bendiciones á aquellos celebérrimos auto-

res, que saben cual es su *I* derecha, y entre otros á dos catedráticos de dos famosas universidades, ambos inmortal honor de nuestro siglo, y envidia de los futuros, los cuales en sus dos importantísimos tratados de ortografía, han trabajado con glorioso empeño en restituir la *I* latina al trono de sus antepasados; por lo cual digo y diré mil veces, que son benditos entre todos los benditos.

4. No le iba en zaga el otro autor, que despreciando la etimología y la derivacion pretendia que en las lenguas vivas se debía escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Era gusto ver como se encendia, como se irritaba, como se enfurecia contra la introduccion de tantas *hh*, *nn*, *ss*, y otras letras impertinentes, que no suenan en nuestra pronunciacion. Aquí de Dios, y del Rey (decia el tal autor, que no parecia sino portugués en lo fanfarron y en lo arrogante): Si pronunciamos *ombre*, *onra*, *ijo* sin aspiracion ni alforjas; á qué ton hemos de pegar á estas palabras aquella *h* arrimadiza, que no es letra, ni calabaza, sino un recuerdo, ó un punto aspirativo? Y si se debe aspirar con la *h*, siempre se pone; ¿por qué nos reímos del andaluz cuando pronuncia *jijo*, *jonra*, *jombre*? Una de dos; ó él habla bien, ó nosotros escribimos mal; pues ¿qué diré de las *nn*, *ss*, *rr*, *pp* y demás letras dobles, que desperdiciamos lo más lastimosamente del mundo? Si suena lo mismo *pasion* con una *s* que con dos; *inocente* con una *n* que con dos; *Philipo* con una *p* que con dos; *zut quid perditio hæc*? Que doblemos las letras en aquellas palabras en que se pronuncian con particular fortaleza, ó en las

cuáles, sino se doblan, se puede confundir su significado con otro, como en *perro* para distinguirle de *pero*, en *parro*, para diferenciarle de *paro*, y en *cerro* para que no se equivoque con *cero*, vaya; pero en *buro*, que ya se sabe lo que es, y no puede equivocarse con otro algun significado; ¿para qué hemos de gastar una *r* más, que después puede hacernos falta para mil cosas? ¿Es esto más que gastar tinta, papel y tiempo contra todas las reglas de la buena economía? No digo nada de la prodigalidad con que malbaratamos un prodigioso caudal de *uu*, que para nada nos sirven á nosotros, y con las cuáles se podian remediar muchísimas pobres naciones, que no tienen una *u* que llegar á la boca: v. gr. en *qué*, en *por qué*, en *para qué*, en *quiero*, et reliqua; ¿no me dirán ustedes, qué falta nos hace la *u*, puesto que no se pronuncia? ¿Estaria peor escrito *qiero*, *qé*, *por qé*, *para qé*, etc.? Añado, que como la misma *q* lleva envuelta en su misma pronunciacion la *u*, podíamos ahorrar muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aún en aquellas voces en que claramente suena esta letra: porque; ¿qué inconveniente tendria, que escribiésemos *qerno*, *qando*, *qales*, para pronunciar *querno*, *quando*, *quales* (1)? Aún hay más en la materia: puesto que la *K* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declara, distingamos de tiempos y concordaremos derechos, quiero decir, desterremos la *q* de todas aquellas palabras en que

(1) Dejamos en estas palabras la ortografía con que fueron escritas, que es la que se usaba en el siglo XVIII. Ya comprende el lector que hoy escribiríamos *cuerno*, *cuando*, *cuales*.



no se pronuncia la *u*, y valgámonos de la *K*, pues aunque así se parecerá la escritura á los Kyries de la Misa, no perderá nada por eso. Vaya un verbi gracia de toda esta ortografía.

5. «El ombre ke kiera escribir coretamente, uya »quanto pudiere de «scribir akellas letras, ke no se »egspresan en la pronunciacion; porke es desoura »de la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no »aprender lo ke la enseña su madre, &c.» Cuéntense las *uu* que se ahorran en solo este período, y por aquí se sacará las que se podrian ahorrar al cabodel año en libros, instrumentos y cartas; y luégo extrañarán que se haya encarecido el papel.

6. Por el contrario, el ortografista, que era de opinion que en esto de escribir se habia de seguir la costumbre, no se metia en dibujos; y haciendo gran burla de los que gastaban el calor natural en estas bagatelas, decia, que en escribiendo como habian escrito nuestros abuelos, se cumplia bastante-mente: y más cuando en esto de ortografía, hasta ahora no se habian establecido principios ciertos y generalmente admitidos, más que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingia los que se le antojaba. El cojo, que como ya dijimos era un si es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados; y como vió que la materia tenia mucho de arbitraria, y que cada cual discurría segun los senderos de su corazón, le vino á la imaginacion un extraño pensamiento, parecióle que él tenia tanto caudal como cualquiera para ser inventor, fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico; y aún se lisonjeó su vanidad, que acaso daría con uno jamás oído ni ima-

ginado, que fuese más racional y más justo que todos los descubiertos; figurándosele, que si acertaba con él, se haría el maestro de niños más famoso, que habia habido en el mundo, desde la fundacion de las escuelas hasta la institucion de los escolapios *inclusive*.

7. Con esta idea comenzó á razonar allá para consigo, diciéndose á sí mismo; ¡Válgame Dios! las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventaron para ser representacion de las palabras; con que por fin y postre ellas tambien vienen á ser representacion de los conceptos. Pues ahora, aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, esas serán las más propias y adecuadas; y así, cuando yo concibo una cosa pequeña la debo escribir con letra pequeña, y cuando grande con letra grande. Verbi gracia; ¿que cosa más impertinente, que hablando de una pierna de vaca, escribirla con una *v* tan pequeña, como si se hablara de una pierna de hormiga, y tratando de un monte, usar una *m* tan ruin, como si tratára de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí; ¿hay cosa más graciosa, ó por mejor decir más ridícula, que igualar á Zaqueo en la *Z*, con Zorobabel y con Zabulon; siendo así, que consta de la Escritura, que el primero era pequeñito y casi enano, y los otros dos cualquiera hombre de juicio los concibe por lo ménos tan grandes y tan corpulentos como el mayor gigante del dia del Corpus? ¿Por qué pensar, que no llenaban tanto espacio de aire, como llenan de boca, *proportione servata*? ¿Es cuento de niños? ¡Pues vé aquí, que sal-

gan Zaqueo y Zabulon en un escrito; y que siendo ó habiendo sido en sí mismo tan desiguales en el tamaño, han de parecer iguales en la escritura! Vaya, que es un grandísimo despropósito. Item, si se habla de un hombre, en quien todas las cosas fueron grandes, como si dijéramos un San Agustin, ponderando su talento, su ingenio, su comprension; ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos por comparanza de las del autor del *Poema Epico de la Vida de S. Anton*, y otros de la misma calaña? Eso seria cosa ridícula, y aún ofensiva á la grandeza de un Santo Padre de tanta magnitud. Fuera de que, ¿dónde puede haber mayor primor, que el hacer que cualquiera lector, solo con abrir un libro, y ántes de leer ni una sola palabra, conozca por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, magníficas y abultadas? ¿Y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular, ménos tal cual que sobresale á trechos, como los pendones en la procesion, cierre incontinenti el libro, y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y comunes? Quiero explicar esto con el ejemplo de un estupendo sermon, predicado al mismo S. Agustin, el mejor que he oido ni pienso oir en los dias de mi vida. Preguntaba el predicador; ¿por qué á San Agustin se le llamaba el *Gran Padre de la Iglesia*, y á ningun otro Santo Padre ni doctor de ella se le daba este *epiteto*? (Así decia él). Y respondió:

8. «Porque mi Agustino, no solo fué Gran Padre;

»sino Gran Madre y Gran Abuelo de la Iglesia. Gran Padre, porque ántes de su conversion tuvo muchos hijos, aunque no se logró más que uno. Gran Madre, porque Concibió y Parió muchos Libros. Gran Abuelo, porque Engendró á los Ermitaños de San Agustin, y los Ermitaños de San Agustin engendraron después todas las Religiones mendicantes, que signen su Santa Regla, las cuáles todas son Nietas del Grande Agustino. Y note de paso el discreto, que la Regla destruye la Maternidad, y la Regla fué la que aseguró la Maternidad de mi Gran Padre. *Magnus Parens.*»

9. Este trozo de sermon, que oí con estos mismísimos oidos, que han de comer la tierra, y un pobre ignorante y mentecato, aunque tenia crédito de gran letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno del fuego; pero á mí me pareció, y hoy dia me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo que este trozo de sermon, escrito como está escrito, esto es, con letras mayúsculas y garrafales en todo lo que toca á San Agustin, desde la primera vista llama la atencion del lector, y le hace conocer, que allí se contienen cosas grandes, y, sin poderse contener, luégo se abalanza á leerlo: cuando al contrario, si estuviera escrito con letras ordinarias, no pararia mientes en él, y quizá le arrimaria sin haber leído una letra. Así que en esta mi ortografia se logra; lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo, el decoro de las personas de quien se trata; lo tercero, el llamar la atencion de los lectores. Y podia añadir lo cuarto, que tambien se logra la hermosura del mismo escrito; porque son

las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luégo da á entender, que aquella es huerta de Señor; cuando un libro todo de letras iguales y pequeñas, parece huerta de verdura y hortaliza, que es cosa de frailes y gente ordinaria.

10. Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante cojo de su ideada ortografía, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villaornate, por ascenso del maestro actual á fiel de fechos de Cojeces de abajo, la pretendió y la logró á dos paletadas; porque ya habia cobrado mucha fama en toda la tierra, con ocasion de los litigantes que acudian á la vicaría. Llovian niños como paja de todo el contorno á la fama de tan estupendo maestro; y Anton Zotes y su mujer resolvieron enviar allá á su Gerundico, para que no se malograra la viveza que mostraba. El cojo le hizo mil caricias, y desde luégo comenzó á distinguirle entre todos los demás niños. Sentábale junto á sí, haciale punteros, limpiábale los mocos, dábale avellanas y mondaduras de peras, y cuando el niño tenia gana de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos cuartos traseros de las bragas (porque consta de instrumentos de aquel tiempo que eran abiertas), y arremangándole la camisita, le llevaba en esta postura hasta el corral, dónde el chicuelo hacia lo que habia menester. No era oro todo lo que relucia; el bellaco del cojo sabia bien que no echaba en saco roto los cariños que hacia á Gerundico; porque á los buenos de sus padres se les caia la baba, y además de pagarle muy pun-

tualmente el real del mes, la rosca del sábado, que llevaba su hijo, era la primera y la mayor, si siempre acompañada con dos huevos de pava, que no parecian sino mesmamente como dos bolas de trucos. Amen de eso, en tiempo de matanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo: esto sin entrar en cuenta la morcilla cagalar con dos buenas varas de longaniza, que era el coigajo del dia de San Martin, nombre que tenia el maestro. Y cuando paria la señora (así llamaban los niños á la maestra), era cosa sabida que la tia Catanla la regalaba con dos gallinas las más gordas que habia en su gallinero, y con una libra de vizcochos, que se traian exprofesamente de la confitería de Villamañan. Con esto se esmeraban maestro y maestra en acariciar al niño, que la maestra todos los sábados le cortaba las uñas, y de quince en quince dias le espulgaba la cabeza, y sacaba las liendres (1).

(1) Con tan fina critica, satiriza aqui el autor á los maestros, (que aún en la actualidad no faltan) que dedicando todos sus cuidados á los hijos de las familias opulentas, que premian sus desvelos con regalos, no se cuidan para nada de los niños que por ser de padres pobres no pueden corresponder de la misma manera. Para aquellos son siempre los premios, aunque sean tan zotes como *Gerundio*; para los otros los malos tratos.